

Excelentísimo Señor Jorge Lamadrid Mascaró, Embajador de la República de Cuba, estimado señor Raúl Mojena Suárez, Primer Secretario-Jefe de Cancillería, queridas condecoradas Isabel Parra y Ana Pizarro, familiares y amigos conectados a esta ceremonia virtual.

Debo decir primeramente que cuando nuestro recordado Roberto Fernández Retamar en abril del año pasado me informaba que el Consejo de Estado y de Ministros de Cuba me había otorgado la Medalla Haydée Santamaría por el sesenta aniversario de la creación de la Casa de las Américas, entre los once nombres "extranjeros", que unánimemente habían sido propuestos por el Consejo de Dirección, me quedé muy impresionado, porque era algo que no había podido imaginar siquiera.

Creo que uno transita por la vida con un simple sentido de responsabilidad, social, laboral y cultural, y el inesperado reconocimiento que esta condecoración implica es la valoración de nuestros quehaceres y la consideración que éstos han sido además consecuentes con los objetivos que la institución definió desde su origen: promover la integración de nuestros pueblos a través de la genuina cultura, en el entendido que nuestro continente americano es diverso, pero es uno solo.

Mi emoción al recibir esta distinción es muy grande y no puede ser de otro modo, viví más de una década formando parte de esa institución, en un tiempo que no me cansaré de señalar que constituye el de los mejores años de mi vida laboral.

Mi historia es más o menos corriente para la generación que sufrió el golpe de estado en Chile. Estuve preso un año en Valparaíso y salí en 1976, para cumplir una condena de destierro determinada por un consejo de guerra, que condenaba también a mi familia y llevaba un pasaporte marcado con la consabida letra L, que determinaba la imposibilidad administrativa de retornar al país, lo que se tradujo finalmente en los diecisiete años de nuestro exilio. Ya en Francia, luego de haber cumplido tres años allí, tomamos la decisión de iniciar un repliegue latinoamericano, buscando mantenernos en el marco cultural de la América Nuestra, lo que considerábamos como una mejor opción para el desarrollo de nuestra familia, fue así como se nos abrió la posibilidad de radicarnos en Cuba.

No recuerdo ahora exactamente el día que aterrizamos en el aeropuerto José Martí, pero fue a principio de julio, posiblemente en un día como hoy, hace 41 años. En esa fecha, en Centroamérica el Frente Sandinista había dado fin a medio siglo de dictadura de los Somoza y coincidíamos en La Habana, con la tercera versión de Carifesta, el festival cultural de la que ese año la isla era anfitriona. No recuerdo muy bien su colorida gráfica, pero sí el bello cartel que diseñó Níco para el evento, sintetizándolo en un fantástico lápiz-trompeta con oreja, que se abría hacia arriba como un florero a través de un ojo, en un vibrante sonido visual de colorida fanfarria.

Vivir el carnaval en la calle nos impresionó tremendamente, pero personalmente lo que más me impactó, manteniéndome inmóvil frente a la pantalla del televisor, fue la presencia de Alejo Carpentier que daba una extraordinaria conferencia a propósito de esa fiesta, la que nos resultó reveladora del Caribe y su cultura, ese mar que seguía siendo lejano todavía para nosotros, a pesar de haber leído varios de los libros del novelista y haber gozado con sus ensayos de *Tientos y diferencias* que nos había marcado con la idea de una prolongada y extensa herencia latinoamericana. Pero lo sustantivo de nuestra impresión, radicaba también en lo inusual que nos resultaba ver en un horario de tarde, en un día cualquiera, una charla cultural de esa envergadura en la televisión. Completaba ese impacto cultural, el constatar que en la calle encontrábamos algunos decires que parecían significar exactamente algo opuesto a lo que entendíamos, de tal modo que a veces nos resultaba más cercano hablar con un turista francés que con un criollo local. También se nos aparecían nuevos lugares y cuando el acto del 26 de julio se celebró ese año en Holguín, éramos inocentes aún que esa ciudad de oriente, de la que recién tenía noticias, se convertiría con el tiempo, en la ciudad que más reiteradamente me tocó visitar.

Todo ello fue como una gran recepción incesante que extendió para nosotros una visión de América, agregando esa la rica vertiente cultural del Caribe que Carpentier había llamado "las islas sonantes", señalándolas con alguna sus lenguas absolutamente originales y en el emblemático ejemplo de esa maravillosa creación que son las *Still band*, con su producción instrumental y su timbre de acerado sonido que enriquece las respuestas corporales que se dejan ver en la multiplicidad natural de sus expresiones danzantes, asentadas en la persistente marca rítmica de la clave xilofónica.

Pero ciertamente lo más decididor de esas primeras experiencias en Cuba fue para mí el primer encuentro que, a poco de haber llegado, logré tener con el pintor Mariano Rodríguez. El maestro, que en ese entonces era el vicepresidente de la Casa de las Américas, nos recibió en uno de los salones del emblemático edificio acompañado de Lesbia Vent Dumois. La habitación tenía un mobiliario mexicano y su decoración eran unas pinturas sobre portadas de la revista Bohemia que Antonio Saura había realizado en alguna de sus visitas y se completaba con unas frutas artificiales de artesanía mexicana, que eran las que identificaban ese espacio del segundo piso que llamaban "El salón de la fruta".

En esa entrevista hablamos de mi trayectoria, mostré fotos de mis pinturas y le expuse a Mariano varias de mis inquietudes en este nuevo escenario que como familia iniciábamos, entre las que estaba la consulta por la posibilidad de hacer docencia. Él, con una gran sabiduría, que me gustaría llamar agustiniana, me ofreció inmediatamente trabajo en un taller de serigrafía que la institución estaba impulsando y dijo muy categórico, que integrarme a La Casa de las Américas me permitiría resolver todas mis otras inquietudes, las

que, según dijo, se irían solucionando por la visión y las relaciones que desde allí obtendría, y fue exactamente así, como resultó ser.

Ahora pienso que esa reunión fue quizás como habitar en una de las obras de esa extensa serie que Mariano denominó "Frutas y realidad".

Comenzábamos así a trabajar con una pintora cubana en ese naciente Taller de Serigrafía en el último trimestre de ese año 1979. Por ese mismo tiempo Mario García Joya (Mayito) filmaba una película en la que Haydée Santamaría invita: "Vamos a caminar por Casa", dando el título al documental y dirigiendo una visita por la institución que hasta ese momento ocupaba casi exclusivamente ese edificio emblemático; entre todas las tomas, hubo una de ella en su despacho donde aparece de pie teniendo como única compañía un retrato de José Martí realizado por el maestro Abela, que siempre fue la única decoración de ese escueto recinto.

Varios años después, para el día de la Cultura Cubana, tuvimos la iniciativa de reproducir serigráficamente esa pintura, en un formato menor al original, al que Umberto Peña agregó los textos alusivos a la efeméride del 20 de octubre.

Pero fue mucho después que logré conversar con Haydée y lo hicimos en una circunstancia curiosa; no recuerdo hoy exactamente el motivo, pero la dirección nos había dado a todos la indicación que luego del almuerzo, debíamos subir al gran salón del tercer piso y al llegar allí, encontramos instalada una de las orquestas más populares de ese momento, que comenzó a tocar para nosotros, animando una fiesta dedicada a los trabajadores y fue allí donde conversamos con Haydée mientras bailábamos, porque ella había expresado la curiosidad de bailar con "el chileno".

Lo que vino después fue una progresiva toma de más y más responsabilidades, que fueron excediendo las limitadas tareas de especialista serígrafo, primero en las tareas de montaje de exposiciones, luego en su curatoría, algunas las inventábamos y realizábamos con Lesbia, como fue por ejemplo la celebración de los ochenta años de Nicolás Guillén, donde trabajamos integrando a toda mi familia, incluyendo a los niños, en una muestra alegre de ingenio sorteado con muy pocos recursos; así también lo hicimos en muchas otras de gran éxito como fue una sobre juegos que titulamos "*Un juego nuevo y otros viejos*" para celebrar el centenario de *La Edad de Oro*. Así fueron llegando otras actividades de protocolo, como en los dos *Encuentros de intelectuales*, o tareas organizativas y curatoriales como en el *Tercer Coloquio Latinoamericano de Fotografía* u otros diferentes y no menos complejos como fue "*Ayer y hoy el tango*", en los que hicimos de todo, prensa, fotografía y un gran etcétera.

Se comprenderá por lo que relato que recibir esta medalla que lleva el nombre de Haydee Santamaría, excepcional y entrañable creatura múltiple, revolucionaria y fundadora, es para mí un honor muy grande. Sumo a ello que el propio Mariano, a quien sentí siempre como un mentor, fue uno de los

primeros en recibirla, iniciando un gran listado de artistas visuales al que se me agrega: Oswaldo Guayasamín (Ecuador), Julio Le Parc (Argentina), Roberto Matta (Chile), Carlos Colombino (Paraguay), León Ferrari (Argentina), Antonio Martorell (Puerto Rico) y Alfonso Soteno (México), de este último debo decir que nos da el mayor orgullo, porque él es un autor natural, doblemente único, que mantiene aún en Metepec esa tradición maravillosa que es la creación artesanal de los "árboles de la vida", que él ha llegado a producir en dimensiones increíbles.

Todo esto puede hacerles comprender el orgullo que siento hoy al continuar un camino en compañía de mujeres y hombres notables, con la convicción compartida de lo que dijera en su discurso el recordado Mario Benedetti al recibir esta condecoración en 1989, la Casa también nos ha enseñado "a convivir, a comprender que la verdadera paz es la aceptación del otro".

¡Gracias una vez más! ¡Muchas gracias!